

vestigio de que existió.» En el mismo parte manifiesta el placer que experimentaba de haber podido establecer la obediencia al gobierno vireinal, destruyendo el poder de sus contrarios, con una division de mil hombres, con fondos para veinte dias, por no haber llegado á tiempo los que el virey Calleja le habia enviado, y víveres para un mes, en una campaña de cincuenta y un dias, en la que el soldado no careció de nada, sin haber sido gravoso al vecino honrado; en que se le quitó al ejército contrario, que quedaba completamente destruido, todos los cañones, pertrechos y municiones que tenia, sin que para conseguir todas esas ventajas hubiesen sufrido las tropas reales mas pérdida que la de diez y seis heridos, de los cuales uno solo llegó á morir en Acapulco.

1814. Parte de los dispersos de las fuerzas independientes que habian defendido el cerro del Veladero, fueron llegando al pueblo de Cacahuatpec, que Galiana les habia señalado como punto de reunion al sufrir la derrota. Los demás se habian dirigido por distintos rumbos, con la intencion no pocos de retirarse á sus casas. El número de los que se reunieron en Cacahuatpec solo llegó á ciento sesenta hombres mal armados. Galiana que habia llegado á la misma poblacion, se dirigió con esa corta fuerza á la Costa Grande, cuyo territorio conocia perfectamente, y donde esperaba aumentar sus filas pues contaba con numerosos partidarios y amigos. Al emprender la marcha, dió orden á Montes de Oca de que se dirigiese al mismo punto con todos los dispersos que lograrse reunir. En el paso del rio llamado el Papagayo, el capitan Echeverria llegó á desertar con casi

toda la gente, y Galiana llegó á la hacienda del Zanjon con muy pocos de los suyos. No desmayando por los pasados reveses ni con la defeccion de algunos de los que habian combatido á su lado, trató de que se verificase una reaccion en los habitantes de la Costa Grande en favor de la causa de la independenciam, no obstante ver que se habian organizado algunas compañías de realistas. Para conseguir su objeto, se unió con D. Juan Alvarez que estaba en el Arroyo del Carrizo, y se puso en comunicacion con Morelos que se hallaba aun en Zacatula. Mientras Galiana trabajaba con actividad en atraer á las filas independientes á los pueblos, D. José María Avila logró derrotar á una fuerza realista. Era D. José María Avila sobrino de D. Julian que se distinguió por su valor en los primeros felices hechos de armas de Morelos en las cercanías de Acapulco, y que fué entonces comandante del Veladero. Dotado de no menos valor que su tio, sorprendió en el pueblo de Pepetatlan á D. José Eduardo Cabadas que, como tengo referido, habia cogido en él al intendente D. Ignacio Ayala, entregándolo á Armijo. A Cabadas se le habia nombrado, por este hecho, capitán de los patriotas de la poblacion, y al ser sorprendida ésta por D. José María Avila, se defendió heroicamente. El combate fué reñido: Cabadas hizo esfuerzos por rechazar á los contrarios, pero cayó gravemente herido, y los independientes se apoderaron de la poblacion, de una pieza de artillería, de algunos fusiles, y lograron hacer prisioneros á varios vecinos que habian ayudado á Cabadas á la prision del intendente Ayala. Conducidos á Churumuco, donde estaba D. Francisco Mongoy, fueron fusilados

por orden de Morelos. Cabadas que al caer gravemente herido en la accion fué hecho prisionero, sufrió la misma pena en el punto de los Bordonos.

Don Hermenegildo Galiana que habia aumentado sus fuerzas con la gente que se le fué reuniendo de distintos lugares, atacó el pueblo de Asayac, distante dos leguas
1814. y media del Zanjon, sorprendió una noche
Junio. á la compañía de patriotas organizada en él, haciendo prisionero á D. Gerónimo Barrientos que la mandaba, y se apoderó del cuartel y de las armas que habia. Entre los realistas que lograron salir de la poblacion se contaba el padre D. Salvador Muñoz, que era el capitan de la compañía de patriotas; pero habiendo marchado en su alcance D. Pablo Galiana, fué tambien hecho prisionero.

El buen éxito de esta empresa y el ver que iba en aumento el número de su gente, alentaron á D. Hermenegildo Galiana á nuevas operaciones militares. La ocasion se le presentaba oportuna, en su concepto, para conseguir ventajas sobre sus contrarios y dar á la revolucion notable impulso. La estacion del calor avanzaba, y Armijo, para librar á una parte de su ejército del abrasador clima en que se hallaba, destinó algunas fuerzas á resguardar la plaza de Acapulco y los pueblos comarcanos, dejó en el mando de la Costa Grande al comandante Don Francisco Fernandez de Avilés con el batallon del Sur y alguna caballería que formaban una division volante para acudir á donde fuese necesario, y se situó con el resto de las tropas en clima templado, situando su cuartel general en Tixtla.

Se hallaba Avilés á fines de Junio con su division volante, en Coyuca. Don Hermenegildo Galiana habiendo concebido el proyecto de darle un golpe, reunió á sus fuerzas las partidas de Avila, Mayo y Montes de Oca, con las cuales y un refuerzo que le envió Morelos de Zacatula, se acercó al pueblo ocupado por el comandante realista. El total de la fuerza de Galiana ascendia á quinientos hombres, la mayor parte de caballería, con pocas de cien fusiles y una pieza ligera de artillería. Era el 27 de Junio por la mañana. El jefe realista Avilés hizo que saliese una partida á reconocer el bosque próximo á la orilla del rio; pero apenas hubo penetrado en la espesura, cuando se encontró con que de todas partes le hacian fuego. Inmediatamente fue reforzada por otra fuerza realista que Avilés destacó en su auxilio; pero habiendo sido heridos los oficiales que la mandaban y no pocos soldados, tuvieron que retirarse ambas. El jefe realista envió nuevo refuerzo con el ayudante D. Juan Ferraud, volviendo á la accion los que se retiraban; pero viendo Avilés que el combate continuaba y que los independientes acometian cada vez con mas decision, marchó él mismo con el resto de su fuerza, y dividiéndola convenientemente, flanqueó á las tropas independientes que entraron en desorden por la retaguardia. Al ver Galiana introducida la confusion en esta, se dirigió á ella para reanimarla, abandonando el cañon que tenia. Los realistas acometieron entonces con mayor ímpetu, y las fuerzas independientes, mirándose flanqueadas, emprendieron la fuga. En vano Galiana hacia esfuerzos para detenerlas: en vano les gritaba que se quedasen á su lado

1814. para continuar la lucha y se detenía á con-
 Junio. tener á las tropas contrarias combatiendo con notable ardimiento. Todo fué inútil; y al ver que nadie habia quedado á su lado, se vió precisado á emprender la fuga para no caer prisionero, defendiéndose, en su retirada, de los que le perseguian. Seguíale muy de cerca, con algunos dragones, afanoso de hacerle prisionero, D. Juan de Olivar, capitán de los patriotas de Atoyac, que antes de la revolucion habia sido su amigo. Con este empeño arrimó las espuelas á su corcel para alcanzarle. Galiana que montaba un caballo brioso, al pasar por debajo de un árbol, recibió un golpe terrible en la cabeza con una de las gruesas ramas inclinadas al suelo, que le hizo caer en tierra, siguiendo el corcel sin su ginete la veloz carrera emprendida. Galiana, aunque caido y casi sin sentido por el golpe, trató aun de defenderse de los que le habian seguido; pero un dragon del escuadron del Sur, llamado Joaquin de Leon, le disparó un balazo que le privó de la vida, y en seguida le cortó la cabeza que la clavó en la punta de su lanza. Eran en ese momento las once de la mañana. Alcanzada la victoria, los realistas volvieron á Cayuca, contentos de su triunfo, llevando como trofeo la cabeza del jefe independiente de la manera referida, colocándola luego los soldados en una ceiba de espeso ramaje que está en la plaza del pueblo. El comandante Avilés (e), indignado de que el populacho que se habia acercado á verla, la insultara y escarneciera, reprendió á la multitud diciendo: «Esta es la cabeza de un hombre honrado y valiente.» En seguida mandó que la colocasen sobre la puerta de la

iglesia, donde despues fué enterrada. La calificacion de valiente y honrado hecha por el jefe realista respecto de Galiana, era justa. En todas las acciones de guerra en que se halló, se distinguió por su denuedo y bizarría. Intrépido en el combate, era clemente con el vencido: luchó con verdadera conviccion por la causa de la independencia, sin aspirar á riquezas, sin extorsionar á los pueblos, sin cometer acto ninguno de arbitrariedad. Su pérdida fué un golpe no menos terrible para la revolucion que la del valiente Matamoros. Morelos, al recibir la noticia de su muerte, exclamó, dominado por el mas profundo dolor: «Acabaron mis dos brazos: ya no soy nada.» Galiana nació en el pueblo de Tecpan, y se crió en la hacienda del Zanjón; dedicado desde niño á las ocupaciones del campo, no habia recibido educacion literaria ninguna, pues no sabia escribir, ni aun leer; pero esta falta la suplía con un claro talento natural de que estaba dotado, una imaginacion viva y despejada, y con otras excelentes cualidades que le hacian recomendable: su valor, su honradez y su moderacion con los vencidos, le conquistaron el aprecio aun del partido contrario, y aun el mismo virey Calleja, respetando su mérito, le escribió invitándole á que se adhiriese al partido realista, ofreciéndole el grado de coronel en el ejército (1).

1814. La autoridad del gobierno vireinal quedó
 Junio. afianzada en toda aquella parte de la costa con la muerte de D. Hermenegildo Galiana y la dispersion de su gente, aunque por mucho tiempo existieron

(1) Así lo asegura D. Carlos Maria Bustamante, diciendo «que él vió la carta autógrafa escrita por Calleja».

algunas cortas partidas que se presentaban inesperadamente en los puntos menos vigilados. Morelos, animado siempre del deseo de emancipar su patria de la metrópoli, se habia retirado al campo de Atijo, que llamó «el campo de los cincuenta pares», por ser éste el nombre con que eran conocidos, como queda dicho, los cien hombres que formaban su escolta. El expresado campo es una montaña aislada que se levanta majestuosa en una llanura de la provincia de Michoacan, que, aunque situada en medio de países cálidos, disfruta por su elevacion de una temperatura agradable y salutifera. El punto ofrecia notables ventajas para la defensa, á cuya favorable circunstancia para el caudillo del Sur, se agregaba la no menos importante de hallarse, en todas direcciones, á larga distancia de las partidas realistas que pudieran perseguirle. Morelos procedió inmediatamente á construir fortificaciones, estableció maestranzas para hacerse de cañones y de toda clase de armas, reunió á los dispersos, organizó las pocas tropas que le quedaban, y pronto el campo de Atijo, ó de los cincuenta pares, recobró un aspecto imponente. El caudillo del Sur se propuso hacerse allí fuerte, acariciando la esperanza de volver á reconquistar para la causa de la independencia los territorios recobrados por los realistas, como los habia ganado cuando, saliendo de su curato al principio de la revolucion con una veintena de hombres, llevó triun-

1814. fante sus armas por los diversos pueblos de
Junio. la costa. Habia en la montaña varios socavones antiguos, restos sin duda de trabajos de minas ya olvidados, que Morelos destinó á prisiones de los ecle-

siásticos que se habian aprehendido por servicios prestados á los realistas. El presbítero D. José María Morales, capellan del Congreso, que fué mas tarde aprehendido con Morelos, describe de una manera minuciosa, como testigo ocular, esos subterráneos, en la declaracion que se le tomó en Méjico, y que se halla en la causa del mismo caudillo del Sur. Dice: «que metidos en ellos los eclesiásticos, se tapaba la boca con pared de mampostería, dejando un agujero por el cual les metian la comida, que era siempre muy escasa, y de cuando en cuando se les solia abrir la puerta de la entrada para que se ventilase algo el socavon, volviendo á cerrarla, de manera que los individuos encerrados en ellos estaban privados de toda comunicacion, por ser aquél un lugar desierto, no habiendo quien lo viese que no se horrorizase». Habia encerrados en esas cárceles subterráneas cuando las vió el expresado presbítero Morales, tres eclesiásticos: era uno, el P. Agustino Ramirez, que se hallaba de capellan en Acapulco cuando Morelos se apoderó de aquella plaza, el cual fué aprehendido en Chilpancingo al dirigirse á ella en Enero de 1814, encontrándosele el nombramiento de cura que le habia dado el arzobispo Bergosa; el otro era el P. Alegre, de quien no hay otra noticia que ésta; y el tercero, el padre franciscano Gotor, catalan, que habia sido en época anterior capellan de Calleja, á quien Rayon comisionó cuando se apoderó de Zacatecas en 1811, para que presentase una exposicion á aquel general (1), y hecho despues prisionero, en 1813, por el guerrillero

(1) Véase en el tomo VII la página 240.

independiente Ortiz, llamado «el Pachon», cerca de Dolores, cuando fué derrotado el teniente coronel realista D. Vicente Bustamante. El padre Gotor parece que fué puesto en esas prisiones subterráneas por habersele cogido correspondencia dirigida al comandante realista de Valladolid, dándole noticias circunstanciadas de lo que pasaba en las filas independientes.

1814. Restablecidas por el coronel D. Gabriel Junio. Armijo las autoridades realistas en el Sur, y destruidas las fuerzas independientes en toda aquella costa, trató de resguardar la entrada á la Mixteca, así como de asegurar las comunicaciones con Acapulco, y al efecto situó en Tlapa al capitán Moya, en lugar del de igual graduación Montoto, puesto por La Madrid. En la Costa Chica se había operado una completa reacción en favor del gobierno vireinal. Esta reacción, no solo fué debida al influjo de Reguera, nombrado comandante de la quinta división de milicias de la costa del Sur, sino también á la decidida inclinación que los habitantes de ella tenían por la causa realista. Ayudaron muy eficazmente á Reguera en esa empresa Fray José Herrera, cura interino de Jamiltepec, y el capitán D. Agustín Arrázola, llamado comunmente Zapotillo, en compañía de los cuales hizo varias excursiones en los meses de Abril y Mayo, dispersando las partidas de independientes que recorrían algunos puntos y organizando fuerzas que los defendiesen en lo sucesivo.

Con la toma de Acapulco vió realizado Calleja, en todas sus partes, el plan de operaciones que había trazado desde que empuñó el bastón de virey. Satisfecho de los

resultados conseguidos, publicó el 22 de Junio un manifiesto en que decía: «que quedaba desalojado y destruido con escarmiento el ejército auxiliar de la revolución, mandado por el desertor del Congreso nacional Toledo: exterminados los grandes cuerpos rebeldes, dirigidos por Morelos y Matamoros, que amenazaban la existencia política de esta parte de la monarquía española: muertos, presos ó fugitivos los principales jefes: destruidos sus talleres, perdida su artillería y la mayor parte de sus armas: descornado por tantas derrotas el velo que cubría la ignorancia y cobardía de los caudillos revolucionarios: reconquistada la provincia de Oajaca, y en contacto sus tropas con las de Guatemala: ocupados por las tropas reales el castillo y puerto de Acapulco y la extendida costa de sus dos lados, sin que en todo el reino conservasen los enemigos otro punto militar que el de la laguna de Chapala, que no tardaría en ser su sepulcro: precisados por consecuencia á buscar en las fragosidades de las montañas un asilo que los substrajese á la constante persecución de las tropas del Gobierno: frustradas las esperanzas de los sediciosos encubiertos: desengañada la mayor parte de los pueblos de que el único objeto de la rebelión era el de sacrificarlos á la loca ambición de una docena de hombres inmorales, abandonados á todos los vicios y sin mas medios de subsistir que los de la rapiña disfrazada de alzamiento».

1814. Aunque el partido independiente veía que Junio. lo dicho en la proclama era evidente, con respecto á las ventajas conseguidas por las tropas realistas, no podía admitir que se calificase en ella á todos los

jefes de la revolucion de la manera desfavorable que lo hacia Calleja, no concediéndoles mas mira al haberse lanzado á la lucha, que el deseo de enriquecerse extorsionando á los pueblos. La calificacion, con efecto, era injusta, como todas las que son dictadas por la pasion de partido, y de que hacen uso todos los que combaten en opuestos bandos, con el objeto de desconceptuar á su contrario en la opinion pública, cualquiera que sea el país que está dividido en guerra intestina. Cierta es, por desgracia, que muchos se habian lanzado á la revolucion, no por defender la causa de la independendencia, sino para cometer depredaciones y actos de arbitrariedad en las haciendas y pueblos; pero no es menos cierto que se hallaban tambien, formando honroso contraste con ellos, hombres llenos de abnegacion y de amor á la patria, en quienes concurrían el valor, la constancia y un ardiente celo por el principio proclamado, de que dieron repetidas y constantes pruebas hasta perder la vida. Allende, Gimenez, Trujano, los Bravos, Galiana, Matamoros, Terán, Morelos y otros muchos empuñaron las armas sin mas ambicion que la de hacer la independendencia del suelo en que habian nacido; y ellos, mas que ningun otro, reprobaban los actos de vandalismo cometidos por los malos, á quienes Morelos dió el nombre de «devorantes»; actos que hubieran castigado en honra de la causa que defendian, pero que no podian reprimir porque carecian de fuerzas para hacerlo.

El manifiesto del virey Calleja presentaba con exactitud las ventajas alcanzadas por las armas reales y los reveses sufridos por las de los independientes. Su lectura

hizo concebir á los partidarios del Gobierno gran esperanza de que estaba próximo el fin de la sangrienta lucha. En los adictos á la revolucion, aunque produjo notable inquietud, no por eso pudo hacer desmayar en nada la fé que tenian en el triunfo, aunque lo viesen lejano.

Los realistas se disponian á continuar sin descanso la campaña, creyendo próximo el completo aniquilamiento de la revolucion.

Los independientes, sin desalentarse por las recientes derrotas, se preparaban á entrar en nuevos combates.